

G O D

Darío Cardona

Novela

Abril de 2014

*SHADDAI es uno de los nombres judíos para Dios,
asociado a la línea número 12 del ADN.*

12 es reducido a 3,

la tercera línea de ADN.

Todos trabajan juntos para ser agentes de un cambio.

La quietud en una partícula representa el caos,

la evolución conduce al movimiento,

y el movimiento conduce a un final,

o es reducido a su forma mínima,

como fue en un comienzo.

El punto 0, Dios.

Ese gris metálico de los edificios que domina el paisaje durante el día ahora es negro. Pero las sombras oscuras de esos gigantes, que por las noches suelen estar salpicadas por la cuadrícula iluminada de las ventanas, ahora son interrumpidas por los flashes intermitentes de incendios dispersos. La ciudad está sumida en el terror. El humo brota a borbotones de la punta de las torres más altas, como si se tratara de un sahumero. En las calles aledañas a la zona de desastres, las personas corren en medio de una densa niebla de polvo blanco; se tapan las bocas y las narices con las camisas o las pecheras de los sacos; sus rostros son blancos, como si se hubieran bañado en talco; en medio de sus caras espectrales sólo es posible ver los ojos llorosos, y los hilos rojos de sangre que se dibujan debajo de sus narices, o en los bordes de las bocas, cada vez que la tos más dolorosa les obliga a doblarse y escupir. Corren desorientados por esa ceguera polvorienta y penetrante que se mueve al ras del suelo; chocan cada tanto con otros transeúntes perdidos, y a veces divisan la pequeña luz de los celulares con los cuales las víctimas del desastre tratan de registrar el pánico, y la muerte que los rodea.

Alrededor de todos se produce un nuevo estruendo. En medio de la oscuridad, sombras pesadas se mueven; tocan el suelo y luego vuelven a levantarse. Todos se quedan estáticos, con la falsa seguridad de que en medio de esa invisibilidad, están protegidos de cualquier amenaza, de cualquier peligro que quiera asediarlos. Y de pronto, en algunos puntos, el viento separa las cortinas de niebla y polvo, para dejar ver las sombras gigantescas que se mueven alrededor del desecho World Trade Center. Las crines revueltas, el relincho maligno de seis caballos, los movimientos violentos de seis jinetes sin cara, sobrevolando el espacio de las torres ausentes.

Las crines serpentean en la oscuridad, con ese resplandor opaco del vinilo; se meten en medio de los escombros, se impulsan con violencia atravesando pieles, desgarrando cuerpos, en busca de una succión definitiva: Se llevan las almas de los caídos, de los pasajeros del vuelo 11 de American Airlines y el 175 de United Airlines. Pero no se detienen ahí. Ahora los jinetes se dispersan y atraviesan una ciudad extraña, una ciudad que bajo la luz de acontecimientos increíbles es otra: en la que los desastres se multiplican y proliferan los gritos de terror, los cuerpos carbonizados que convulsionan en las calles, y los miembros amputados temblando nerviosamente por doquier.

Las crines toman las almas de los caídos, pero por veces también toman a personas vivas; serpentean por pasillos y por paredes de edificios, y dan el salto mortífero de las víboras más agresivas, para capturar cuerpos que en el aire son sacudidos violentamente, en medio de gritos entrecortados e hipos de dolor.

Un séptimo jinete aparece distante, y los demás dirigen su atención hacia él. Sin gesto alguno, parecen ofrecerse mutuamente un saludo marcial.

Junto al Hospital Mount Sinaí, las crines agitadas se mueven frente a las ventanas como si se tratara de miles de ojos buscando algo ansiosamente.

En el quirófano, Morgan Kaan está dando a luz. Sus gemidos son los gemidos de dolor de cualquier parturienta; no saben los que están a su alrededor, y ni siquiera ella, que esos dolores son terriblemente más intensos que lo usual: Ese dolor que siente en el bajo vientre donde sus órganos parecen retorcerse y licuarse ha llegado un nivel extremo en el que ya no hay intensidades menores o mayores: El dolor es total. Un hilo de sangre corre entre sus piernas; una sangre negra y abundante que forma un pequeño charco lodoso entre sus piernas abiertas, ante la mirada nerviosa de las enfermeras que la asisten y tratan de calmarla; tratan de que no vea esa mancha roja y espesa que brota como si alguien la estuviera escupiendo ahí abajo; y al mismo tiempo le dicen que puje.

La presencia del compañero de Morgan Kaan con su cámara filmadora parece fuera de lugar en ese momento. Con una sonrisa estúpida, captura los instantes con el ceño sudoroso, y la mano que tiembla, y filma esas tomas inestables de luces y colores blancos y grises que nunca serán vistas por nadie.

Con el fuerte sonido de una succión poderosa, la sangre que ha perdido Morgan se retrae y vuelve a entrar en su cuerpo por donde salió.

Las luces del edificio parpadean. En medio de tanto caos, el hospital está abarrotado de heridos, y unidos a sus gritos de dolor, los quejidos de impotencia de sus parientes y amigos crean la atmósfera de un enjambre demoníaco y desolador. Por los pasillos, las personas caminan como si fueran insomnes, ensuciando las baldosas con la sangre derramada, orina amarilla y vómitos. No hay tiempo para las labores de limpieza en un espacio en el que la amputación es la pena más leve, y la muerte parece ser el alivio más esperado.

La filmadora, finalmente, no captura más nada además del movimiento vacilante de una cama, de las sábanas manchadas y el cabello sudoroso de Morgan. Captura, sin embargo, la respiración agitada en primera persona de ese camarógrafo torpe y aficionado, que está tan emocionado con el nacimiento que ignora el dolor de su

compañera; así como en ese momento, quienes la asisten en el quirófano caliente, olvidan por un instante los desastres de la guerra que se desata afuera.

Nadie espera, sin embargo, que a la catástrofe de edificios destrozados y cuerpos mutilados le suceda otra catástrofe. Todo lo que ha ocurrido escapa del orden natural de las cosas, pero la presencia de esos jinetes supera la sorpresa.

El caballo colosal tiene la respiración agitada. Las crines se desenvuelven con soltura, se estiran y rodean el edificio como los hilos de una oruga. Y entonces las crines revientan los cristales de las ventanas que se parten en pedazos contra el suelo, en medio de los gritos de pacientes y el personal médico que corren disparados para tratar de ocultarse en algún sitio. Pero no hay escape posible: Sin excepciones, las crines se amarran a piernas, atraviesan cuellos y cabezas, capturan todos los cuerpos a su paso y los arrastran hacia fuera del edificio, reventando paredes de hormigón y cristales, con el sordo sonido de las sogas en movimiento.

Todos están jadeantes y silenciosos en el quirófano, salvo por los gemidos apagados de Morgan Kaan. Para buscar un mejor encuadre, su compañero con la cámara se mueve hacia uno de los costados, hacia una de las paredes que da al exterior. Las enfermeras se turnan para limpiarle el sudor a Morgan, y para limpiar la sangre entre sus piernas, cuando el nacimiento parece próximo. Encones, las paredes tiemblan una, dos veces. Una porción de concreto se de las paredes se desprende y todos caen al suelo; Morgan Kaan se sostiene como puede en la camilla, y mira aterrada a su alrededor. Desorientado, su compañero toma la filmadora y se vuelve para filmar el desprendimiento; se sacude como puede el polvo de encima. Cuando voltea para ver si los demás están bien, tiene una expresión de alivio; se dispone a acercarse a Morgan, cuando uno de los gruesos pelos del caballo le rodea la cintura y le arroja con toda velocidad a la oscuridad: en su cara, la inexpresión y el vacío de la muerte aparece anticipada; ni siquiera se le escapa un grito cuando desaparece en la noche. Quienes sí gritan son Morgan y las enfermeras. Una segunda invasión de los pelos negros del caballo las toma por las piernas y las arrastra; ellas tratan, en vano, de sostenerse de las patas de la camilla, de la lámpara del quirófano, pero son igualmente arrojadas a la oscuridad con un gemido que termina apagándose en la distancia.

Ahora Morgan Kaan está sola. Siente cómo el bulto se abre camino entre sus piernas, húmedo y caliente. Y entonces un llanto, un estridente y agudo llanto corta la noche en dos. Ella toma con sus dos manos ese bulto gritante y lo abraza, tratando de protegerlo, pero protegiéndose a sí misma en su calidez, y en su temblor convulsivo.

Afuera, el jinete y el caballo realizan movimientos cortos y violentos, el gesto de los titiriteros que manejan las cuerdas de una marioneta. Por la abertura en la pared del quirófano, las crines ingresan lentamente, asumiendo la posición de ataque y defensa de las cobras. Morgan Kaan se ha arrinconado en una esquina de la habitación, con su hija entre sus brazos. Las crines se acercan, y cuando con un siseo ensordecedor están a punto de atacarlas, se repliegan dolorosamente y se pierden en la oscuridad.

Este espacio de presencias espectrales en medio de la noche se completa con una nueva aparición; como pequeños ángeles sin alas, pequeñas sombras se mueven alrededor del jinete, y se iluminan fugazmente como luciérnagas. Estos seres de apariencia solar son los Lumens. El enjambre de sombras aumenta cada vez más en volumen, hasta que tiene completamente envuelto al jinete y su caballo. Iluminados por los reflejos de su propio cuerpo, los Lumens muestran su apariencia de albinos ancianos, cuyas pieles arrugadas se aproximan y se fusionan formando una sola masa elástica que aprisiona a las bestias.

Hay un sonido agudo y un resplandor intenso en torno al jinete; el caballo dobla sus patas, y el jinete a su vez se dobla sobre sí, atormentados por un intenso dolor y una sensación de asfixia profunda. La gran masa de piel los tiene acorralados, pero es una masa inestable, que tiembla, parece querer rajarse en las comisuras al no poder contener tanta fuerza. Entonces el jinete aprovecha, y las crines del caballo están violentamente revueltas, y es así que una cuchilla de filo increíble atraviesa esa piel: El corte es limpio y la herida luminosa que se abre termina por esparcirse por toda la masa arrugada de piel como un rayo de sangre amarilla.

Los Lumens se separan, y atravesados de muerte por el jinete, caen al suelo con el movimiento lento y oscilante de plumas en el aire.

La antigua casta de los Lumens había permanecido secreta hasta entonces. Azuzados por ese escenario apocalíptico, han salido a la noche para resguardar un proceso que se ha iniciado, y que marcará la historia de la humanidad.

Vencidos en esta primera batalla, sus cuerpos parpadean como brasas en el suelo, hasta que se apagan definitivamente. Pero la guerra apenas ha comenzado.

Las crines vuelven a entrar a la habitación. Morgan Kaan ni siquiera sabe rezar, para eludir, aunque sea con la esperanza de sus palabras, ese ataque inminente. Entonces las crines se trenzan frente a ellas, y forman un grueso hilo de pelos que resplandece en la oscuridad.

Afuera, el jinete aparece envuelto en una niebla densa en medio de la cual se ven pequeños destellos eléctricos. El jinete sufre una transmutación. Se fusiona a las crines del caballo, y viaja a través de esta como un bulto informe hasta el quirófano. Allí el bulto es escupido, y lentamente reasume su forma con piernas y brazos, esta vez con dimensiones humanas. El jinete está de pie frente a Morgan y la niña. Ambas lloran.

La espalda del jinete comienza a llenarse de unos pelos largos que se mueven con velocidad, adquieren grosor, y apuntan hacia Morgan y la niña. Se deslizan rápidamente por el suelo y aprisionan a la recién nacida, envuelven su cuello y tratan de ahorcarla. Entonces la niña abre los ojos: Uno de los filamentos se muestra atraído por ese color negro de sus pupilas, y se acerca a él, la trenza de pelos alrededor del cuello parece aflojarse distraídamente, y el hilo curioso toca la pupila de la niña. Los ojos de la niña adquieren un color blanco, que luego se transfiere al hilo que la ha tocado, y se esparce por toda la maraña de pelos, llegando luego al jinete. Éste se mueve confundido, trata de retroceder, y quiere tomar impulso para huir, pero antes de que pueda dar un solo paso, estalla en una columna de polvo blanco y cristalino, que ahora se dispersa por toda la habitación.

Morgan tiene la mirada pálida y perdida.

-Esto nos ha salvado por ahora, Lauranne –dice Morgan Kaan susurrando-. Lauranne es tu nombre, hija mía. Y esto nos ha salvado.

Se mueven oscuros en la noche. A cada paso hay un murmullo de hojas: Son los plumones negros de sus túnicas. Hablan susurrando apenas, como si a cada palabra también pidieran silencio, sigilo. La luna aparece cada tanto detrás de su escondite de nubes para alumbrar sus cabezas calvas. Debajo de sus agitadas túnicas hay pequeños resplandores como chispas: Son sus venas, iluminadas a través de sus pieles translúcidas. Ellos son los talantitos, una extraña casta de seres sombríos cuya apariencia podría asustar al más valiente.

La casa de Eva es de una madera viejísima. Ella está en la sala, recostada contra esas tablas junto a las cuales su piel parece mimetizada. Respira con calma. La habitación está a oscuras, y aun así puede ver las sombras que se mueven entre las hendiduras de la madera.

Esos ojos de Eva son ambarinos y casi reptiles. Y ella está jadeante. Ella tiene los ojos bien abiertos, casi amarillos, mirando a los costados con la boca seca, la respiración también seca. Los murmullos se aproximan. Ella arruga el ruedo del vestido con sus manos, sus puños cerrados. Hay un ligero temblor en sus piernas, un sudor frío que le recorre la espina dorsal, un sudor pesado y grueso.

La brisa silba por entre las tejas de madera de la casa, y ésta parece estremecerse por completo con ese aire que se desliza y llega a soplar la frente de Eva, que ahora está empapada en sudor. Mueve sus ojos de un lado al otro, y ahora parece emitir un grito,

pero en la casa todo es silencio; sólo se oyen esos pasos afuera, y ese silbido casi imperceptible del viento. Ella tiene la boca abierta, los ojos cerrados, y un grito ahogado, una expresión de grito abortado.

Irrumpen en la casa. La puerta ni siquiera estaba trabada, y ahora el grito de Eva parece una sonrisa, pero no es. No hay en ella una sola pizca de violencia, se dobla, acerca su rostro a sus rodillas y vuelve a levantarse. Los plumones negros. Las cabezas calvas. Las miradas más heladas de esos seres altos y sombríos que la inspeccionan y parecen tener en esa mirada pálida una expresión de sed y curiosidad, como si Eva fuese el agua de un estanque, que no se sabe si está sucia o limpia, y uno quiere beber.

Eva tiembla, ahora se toma con las manos el vientre: Está embarazada.

El talantito aproxima una mano, pero no la toca. La mira a través de sus dedos pálidos y grises. Ella ni siquiera grita, apenas tiembla, y ahora la bolsa se ha roto, y está empapada, y en la habitación un espeso olor orgánico lo abarca todo. El líquido cae al suelo, se derrama con ruido y salpica los tobillos y las pantorrillas de Eva, que ahora se seca las manos y respira, esta vez sí, con gemido.

-Ella es Eva –dice uno de los talantitos-. Ella es la primera madre.

El viento del exterior ruge, y parece querer meterse dentro de la casa. Ahora Eva abre más las piernas. Se reclina lentamente hacia atrás, levantando las piernas, como si quisiera asumir una posición propicia para poder dar a luz, pero no en la mesa de un quirófano, sino sobre esa misma silla. Los ojos pálidos de los talantitos resplandecen. Hay agitación en sus plumones negros, y Eva siente los primeros apuros del parto. Ella gime con fuerza, mientras uno de los talantitos se acerca a ella y le susurra al oído.

-Eva, apenas él nazca, debe morir. Él es el origen, el comienzo, él es la partícula que permite que los demás genes se desarrollen.

Eva niega con la cabeza. Eva se arranca gritos mudos, y niega con la cabeza. Hay en sus ojos una expresión de pánico ahora, y en su boca. Dos talantitos la toman de los brazos y la obligan a ponerse de espaldas, mientras ella sacude los brazos y las piernas, que también son sostenidas con violencia.

En su espalda hay un extraño burbujeo, como si su piel fuese líquida; una liquidez quemada y viscosa. Un talantito se acerca y mete la mano en esa superficie líquida de piel, y extrae de ella una bolsa. Es una bolsa de placenta humeante, y en el interior es posible ver un niño, el cuerpo palpitante de un feto. Tiene pelo en la cabeza, y sus ojos son negros, profundamente negros y aun así centelleantes en medio de esa oscuridad densa.

Por fin se oyen los gritos de Eva, por fin logra arrancarse palabras:

-¡No! ¡No es él! ¡Por favor, no es él! –dice, mientras trata de liberarse de sus captores agitando las manos, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, con las piernas tensadas sobre el suelo. Siente ahora un vacío en su cuerpo, como si algo estuviera súbitamente fuera de lugar.

El bebé está quieto dentro de la bolsa espesa y translúcida. Los talantitos lo observan con detenimiento y curiosidad, hay en sus caras una asquerosa expresión de asombro, y en sus cuerpos resplandecen con furia las venas gruesas que los atraviesan; brillan pálidamente y a veces con fuerza a través de los pulmones.

Entonces, ellos cuelgan al bebé de una de las vigas de la casa. Ahora sí, el bebé llora. Grita con la furia de los recién nacidos. Un grito que corta la noche en dos y penetra sus tímpanos, provocando en ellos movimientos nerviosos. Uno de los talantitos extrae entonces una daga del interior de su túnica negra y se aproxima al niño lloriqueante. Sostiene con una mano la cabeza colgante del niño y la acaricia lentamente. Con un dedo dibuja una línea imaginaria en su cuello, y mira a sus demás compañeros con una sonrisa perversa. Quiere cortarle la cabeza. Cuando el talantito aproxima la daga al cuello del niño, un temblor se apodera de la casa, interrumpiendo su maléfica acción.

Entonces, Eva profiere un grito horroroso, y como en una explosión, de su cuerpo emergen cientos de brazos y piernas que atraviesan todo el espacio; es posible ver inclusive, que estas extremidades emergen de las paredes, y también del techo. Ahora los talantitos comprueban que Eva y esa antigua casa de tablas ajadas por el tiempo conforman un único organismo, y ella, ambas, están dispuestas a combatir.

Piernas y brazos atacan a los talantitos. Se produce entre ellos un violento combate. Algunos de ellos tratan de correr hacia el exterior, pero no hay ninguna salida de escape a la vista, y las extremidades los rodean y capturan; buscan los cuellos de los seres oscuros para darles muerte, ahorcándolos.

Toda la casa está hecha un revoltijo de piel temblorosa, y en el interior los jadeantes murmullos de los talantitos que pierden el conocimiento, y terminan inmóviles en el suelo.

Uno de los brazos se estira hasta la viga, donde el niño está colgante y llorando. Lo toma con delicadeza con la mano, y se retrae hacia el cuerpo de la madre cuyo rostro es irreconocible, como el de una bestia que arruga el hocico en señal de agresividad. Y apenas alcanza el cuerpo de la madre, el niño se calma.

Las demás extremidades se retraen también, con un sonido de papeles crujientes y goteo líquido. Eva está de pie en la habitación. Mira a los talantitos inconscientes y se dispone a abandonar la casa.

Afuera la noche está en calma. La luna hace una aparición momentánea, y se refleja en los ojos tan adultos de ese niño que Eva carga en brazos. Ella se distrae por un momento, y observa con ternura a su hijo, al recién nacido tras el cual han venido los seres oscuros.

De pronto, una ráfaga de polvo emerge de la tierra como un soplido furioso. Una decena de talantitos sale del suelo para la sorpresa de Eva. Ahora ella trata de correr, pero se ve rodeada por todos los flancos. Los talantitos se acercan lentamente, encerrándola en un círculo, y el llanto del bebé quiebra nuevamente la noche.

Entonces las paredes de la casa comienzan a temblar, a doblarse y a crujir con un sonido espantador. Eva cierra los ojos y abraza con fuerza a su niño. Entonces se produce una explosión. Las paredes de la casa se separan, se expanden y se desfragmentan. Ahora miles de astillas de diversas formas están suspendidas en el aire, formando un embudo que apunta a los talantitos. Los múltiples fragmentos de madera aparecen reflejados en los ojos de estos seres. Uno de ellos emite un grito: Sus ojos se llenan de tajos y luego explotan, lo mismo ocurre con todo su cuerpo: cortes lineales que forman una trama de sangre por toda la piel. Las tablas comienzan a moverse en un remolino que desestabiliza a todos, haciendo que caigan al suelo.

Uno de los talantitos se levanta. El movimiento y el viento parecen no asustarlo. Su expresión es aún más asustadora que la de los demás, y cuando habla, los demás parecen mostrar cierta reverencia hacia él. El talantito que está de pie es Bel, el temible líder de los talantitos que se da presencia personalmente en el sitio para apropiarse del niño. Él gime, y grita de forma autoritaria:

-¡Tómense la vida de Eva! ¡Y denme el origen!

Apenas termina de proferir estas palabras, las tablas de las casas se desfragmentan en porciones aún más mínimas y atraviesan los cuerpos de los talantitos, dándoles muerte.

Eva tiembla de pánico. Las astillas no la han alcanzado. Sigue sosteniendo en medio de su consternación al niño entre sus brazos. No sabe si correr, no sabe si el momento es seguro, si debe quedarse o huir.

Uno de los talantitos moribundos se arrastra en dirección a ella, y trata de alcanzarle los pies. Ella camina hacia atrás, un par de pasos dubitativos. Entonces el talantito se levanta, apoyando una rodilla contra el suelo; se saca la túnica, y luego mete

los dedos debajo de la piel, a través de una herida que las tablas le abrieron en el pecho. Entonces estira la piel, y comienza a arrancársela, hasta que deja ver su carne oscura, atravesada por las resplandecientes venas. Eva no puede proferir un grito siquiera, le cuesta respirar. Está paralizada de horror. El talantito da un salto feroz, y se abraza a Eva. Entonces, de su cuerpo emergen miles de agujas negras, que atraviesan los cuerpos de ambos. Eva cae de rodillas, la mirada perdida, la respiración quieta; se hecha a un costado, y se acurruca, sosteniendo a su niño. Ambos parecen muertos.

Bel se levanta. Se arranca las astillas que le atravesaron, y se aproxima al talantito despellejado; éste se arrodilla en reverencia a su líder, que lo mira en silencio. Entonces Bel aproxima una mano al suelo, y con un movimiento abre un pozo en la tierra, desaparece.

Las nubes se cierran sobre el campo. Ahora todo está hecho una espesa oscuridad, interrumpida apenas por algunos resplandores fosforescentes en el cielo.

Los cuerpos están quietos. Las tablas de la casa están esparcidas por el campo, y algunas se reagrupan con debilidad; tratan de regresar con torpeza a su posición original, pero la casa tiene una apariencia destartada.

Una brisa se esparce por entre la hierba, corre bajo, como si tuviera vida propia, y luego se levanta sacudiendo las copas de los árboles distantes.

Tenues hilos negros atraviesan la oscuridad como un humo fino. Se estiran hacia los cuerpos caídos, y hacia la casa, comenzando un minucioso trabajo de entretejido; palpan toda la superficie con un silbido casi imperceptible. Entonces comienzan a envolver los cuerpos de los talantitos como capullos de orugas, y los estiran hacia el cielo, haciéndolos desaparecer. Con los resplandores de los rayos y relámpagos es posible ver la silueta de los seis jinetes a través de las nubes; cuando éstas se separan, se ven los belfos de los caballos, el jadeo y el vapor fantasmagóricos.

El patio aparece vacío de cuerpos ahora. Los jinetes se los han llevado.

Ahora todo es oscuridad y silencio.

La casa parece recompuesta, pero es imposible no notar la imperfección de las tablas rotas, las rajaduras y las hendiduras demasiado abiertas.

En el interior todo está cubierto por sangre. Pequeñas astillas, y rajas más grandes están cubiertas de ese color viscoso de la muerte; y aun en el suelo hay enormes charcos que se sacuden con la sangre que gotea del techo.

Las maderas crujen y tiemblan nerviosas, como los cuerpos de los insectos a los que se ha pisado con el pie, y cuyos nervios siguen haciéndolos vibrar aún después de muertos.

El crujir de las tablas parece un llanto; un grito. Las gotas se multiplican en las vigas y el techo, pero una de las gotas tiene apariencia extraña: tiene el mismo color y la misma textura de la bolsa de placenta que los talantitos extrajeran de la espalda de Eva. La bolsa va aumentando en tamaño, y comienza a pender de una de las vigas como un panal transparente.

Lentamente, la bolsa se desliza por las vigas, se mueve por las paredes, dejando escurrir a su paso un camino viscoso. Da la impresión de que la misma respira: se expande y se contrae como un pulmón, y luego se ilumina: la luz de la luna también atraviesa las tablas y revela el interior de la misma: un bebé. Dentro de la bolsa hay un bebé con el pelo negro, y los ojos completamente negros y aun así resplandecientes.

El bebé llora.

Ahora la casa vuelve a temblar con la violencia primera. Las tablas vuelven a partirse, primero lentamente, y luego con el estruendo de una explosión. Comienzan a girar sobre el eje que conforma esa bolsa de placenta, y forman de pronto un embudo que la eleva hasta el centro del mismo.

El viento ruge alrededor. El embudo de tablas se convierte en un pequeño remolino, y su fuerza y arrastre van aumentando, hasta que se convierte en un inmenso tornado que se aleja de su sitio, atravesando el pueblo.

Las casas, los galpones, la iglesia. Todo termina destrozado al paso del inmenso tornado. Decenas de vehículos son levantados y disparados a cientos de kilómetros.

El silbido del viento simula el sollozo desesperado de los cerdos, y no hay dudas de que en medio de ese silbido también se confunden gritos humanos.

En el ojo del tornado hay una luz. El bebé duerme plácidamente, mientras alrededor atraviesan las sombras de cabezas y brazos de humanos vivos y muertos iluminados por los rayos.

Entre árboles secos y maleza se levanta una enorme mansión. El sol ilumina las paredes blancas desteñidas que le dan el aspecto de un capitolio abandonado. Las ventanas todavía conservan algunos cristales, pero en su mayoría están rotos; así como las cortinas que parecen telarañas mecidas por el viento.

En el interior se oyen pasos y susurros. Hay algo que va y viene con apuro por los pasillos. Hay un zumbido que se intensifica a medida que se avanza por los corredores hacia el salón principal. Entonces, ahí, detrás de las hojas de madera de la gran puerta es posible ver el enjambre blanco. Cientos de lumens se codean con sus pieles albinas de

ancianos y sus resplandecientes túnicas blancas; se mueven, gimen apenas, rozando sus cuerpos, agolpándose alrededor del centro del salón.

Bajo sus túnicas vaporosas, sus cuerpos van desnudos. Esa piel no es piel. La dermis translúcida deja ver esas venas mínimas como tubos fosforescentes que transportan pequeñas cápsulas de luz. Bajo esa membrana se generan diminutas irradiaciones: a veces les nacen en la frente y se esparcen como una marea hacia las orejas; iluminan sus ojos blancos y forman retículas que descienden por pómulos y nariz; se encienden en la caja torácica y muestran cómo sus corazones rosados palpitan con intensidad.

Los movimientos de los lumens parecen descoordinados, pero –como si se tratara de un oleaje- cada tanto se acercan al centro, y los rayos de sus cuerpos zumban agudos y enérgicos; siempre en zonas específicas, según las emociones que se despiertan en ellos.

En el centro del salón hay una esfera. Está cubierta con los pelos y las venas de los caballos de los jinetes. En ese punto del salón, las vestiduras de los lumens se extienden como rastros de humo. La esfera palpita cada vez que los ancianos se acercan. Y a su vez, los destellos se hacen más intensos en distintas parte de sus cuerpos.

Nutic está a pocos pasos de la esfera. Él es el líder de este clan, y sus ojos se alzan sobre esa muchedumbre temblorosa con una expresión de soberbia semejante a la ceguera.

Está cortejado por un séquito de lumens que está hincado de rodilla junto a él.

-El séptimo jinete debe dormir su furia –dice-. Debía ser desatada para detener al séptimo mesías.

Levanta su mano albina y apunta hacia la esfera en el centro del salón, alrededor de la cual las crine de caballo giran en órbita y brillan.

-Pero ahora estamos tranquilos –agrega Nutic-, él ha sido asesinado.

Uno de los lumens de su cortejo lo mira con una expresión que parece pedir autorización. Nutic le devuelve la mirada y asiente con la cabeza. El lumen se yergue y se aproxima a los oídos de su líder con reverencia. Humedece sus labios, y parece dudar de lo que va a decir, pero enseguida se atreve:

-Peligro en tus palabras hay –dice el lumen-. En las distintas evoluciones que hemos presenciado, a lo largo de nuestras historias, hemos visto que el jinete ha aparecido vestido de origen... -El lumen se calla por un instante, lleva su dedo índice a la boca como si se impusiera un silencio, pero luego continúa-: Y el origen vestido de jinete...

Nutic lo aleja con la mirada, nervioso.